

Una historia simbólica de la Edad Media occidental

Del mismo autor

Las vestiduras del diablo, Barcelona-México, 2005

La vida cotidiana de los caballeros de la Tabla Redonda, Madrid, 1990

Le petit livre des couleurs, París, 2005

Bleu histoire d'une couleur, París, 2000

Les couleurs de notre temps, París, 2003

Figures de l'héraldique, París, 1996

Una historia simbólica de la Edad Media occidental también fue publicado en italiano por Laterza, bajo el título *Medioevo simbolico*

Michel Pastoureau
**Una historia simbólica
de la Edad Media occidental**

Traducido por Julia Bucci



conocimiento

Pastoureau, Michel
Una historia simbólica de la Edad Media occidental - la ed.
- Buenos Aires : Katz, 2006.
412 p. ; 23x15 cm.

Traducido por: Julia Bucci

ISBN 987-1283-25-3

I. Historiografía. I. Bucci, Julia, trad. II. Título
CDD 907.2

Primera edición, 2006

© Katz Editores
Sinclair 2949, 5º B
1425, Buenos Aires
www.katzeditores.com

Título de la edición original: *Une histoire symbolique
du Moyen Âge occidental*

© Éditions du Seuil
Collection La Librairie du XXIe siècle, dirigida
por Maurice Olender
París, 2004

ISBN: 987-1283-25-3 (rústica)
ISBN: 84-935187-3-5 (tapa dura)

Ouvrage publié avec le soutien du Centre national du livre,
Ministère français chargé de la culture / Obra publicada
con el apoyo del Centro Nacional del Libro, del Ministerio
de Cultura de Francia.

El contenido intelectual de esta obra se encuentra
protegido por diversas leyes y tratados internacionales
que prohíben la reproducción íntegra o extractada,
realizada por cualquier procedimiento, que no cuente
con la autorización expresa del editor.

Diseño de colección: tholön kunst
Impreso en la Argentina por Latingráfica S. R. L.

Hecho el depósito que marca la ley 11.723.

Índice

- 11 El símbolo medieval
Cómo lo imaginario forma parte de la realidad

EL ANIMAL

- 27 Los juicios contra animales
¿Una justicia ejemplar?
- 51 La coronación del león
Cómo el bestiario medieval se asignó un rey
- 69 Cazar el jabalí
De caza real a bestia impura: historia de una desvalorización

EL VEGETAL

- 89 Las virtudes de la madera
Para una historia simbólica de los materiales
- 107 Una flor para el rey
Jalones para una historia medieval de la flor de lis

EL COLOR

- 125 Ver los colores de la Edad Media
¿Es posible una historia de los colores?
- 147 Nacimiento de un mundo en blanco y negro
La Iglesia y el color: de los orígenes a la Reforma
- 189 Los tintoreros medievales
Historia social de un oficio marginado
- 219 El hombre pelirrojo
Iconografía medieval de Judas

EL EMBLEMA

- 237 El nacimiento de los escudos de armas
De la identidad individual a la identidad familiar
- 271 De los escudos de armas a las banderas
Génesis medieval de los emblemas nacionales

EL JUEGO

- 297 La llegada del juego de ajedrez a Occidente
Historia de una aculturación difícil
- 321 Jugar al rey Arturo
Antroponimia literaria e ideología caballeresca

RESONANCIAS

- 341 El bestiario de La Fontaine
El armorial de un poeta en el siglo XVII
- 351 El sol negro de la melancolía
Nerval lector de las imágenes medievales
- 367 La Edad Media de *Ivanhoe*
Un *best-seller* en la época romántica
- 379 Índice de ilustraciones
- 383 Fuentes
- 385 Índice analítico

Para Laure y Anne

Existen cosas que son sólo cosas y otras
que además son signos [...]. Entre esos signos,
algunos sólo son señales, otros son marcas
o atributos y otros son símbolos.

San Agustín

La llegada del juego de ajedrez a Occidente

Historia de una aculturación difícil

El texto occidental más antiguo que menciona el juego de ajedrez es catalán y data de comienzos del siglo XI: en un acta de 1008, el conde de Urgel, Armengol I, lega las piezas del juego que posee a la “iglesia de Saint-Gilles”.¹ Algunas décadas después, en 1061, el gran teólogo Pedro Damián, entonces cardenal de Ostia, denuncia ante el papa al obispo de Florencia, al que habría visto jugando al ajedrez.² De ese modo, inaugura la larga sucesión de diatribas a través de las cuales la Iglesia condenó ese juego casi hasta fines de la Edad Media. Fue en vano. A partir de la segunda mitad del siglo XII, se multiplican los testimonios textuales, arqueológicos e iconográficos que destacan la manera en que, pese a la hostilidad de la Iglesia, el juego se difunde rápidamente. Los príncipes y los prelados ya no son los únicos que se dedican a él: a partir de entonces también se lo juega en toda la clase noble y en todos los países de la Cristiandad romana, de Sicilia a Islandia, de Portugal a Polonia.

UN JUEGO VENIDO DE ORIENTE

Fueron los musulmanes quienes transmitieron el juego de ajedrez a los occidentales. La penetración se produjo por una doble vía; primero, tal vez

1 Sobre esta datación, véanse los documentos citados por H. J. R. Murray, *A history of chess*, Oxford, 1913, pp. 405-407, y por R. Eales, *Chess. The history of a game*, Londres, 1985, pp. 42-43. Estos dos libros —el segundo es la síntesis y la actualización del primero— constituyen las mejores historias del juego de ajedrez jamás escritas.

2 H. J. R. Murray, *op. cit.*, pp. 408-415.

desde mediados del siglo x, por una vía mediterránea: España (y por eso es que su primera mención aparece en un texto catalán), Sicilia, sur de Italia; luego, algunas décadas más tarde, a comienzos del siglo xi, por una vía septentrional: los escandinavos, que comercian en el imperio bizantino, en Ucrania y en las orillas del mar Negro, llevan hacia el norte el uso de ese juego practicado desde hacía casi tres siglos en las tierras del Islam. Los hallazgos arqueológicos atestiguan ese doble itinerario y la progresiva occidentalización de las piezas y el juego.

Los orígenes propiamente orientales son más difíciles de desentrañar. Si bien es cierto que el juego nació en la India, que de la India pasó a Irán y que luego de allí se difundió en la totalidad del mundo musulmán (los árabes conquistan Irán a partir del año 651), no es fácil determinar hacia qué época realmente se instauró un juego más próximo de nuestro juego de ajedrez actual que de los numerosos y lejanos juegos “de damero” que las sociedades antiguas, tanto en Asia como en Europa, ya conocían. Hasta el siglo xvi, momento en que el juego se estabiliza en Europa en sus aspectos y reglas “modernos”, las mutaciones fueron muchas y a veces profundas. En la actualidad, se está de acuerdo en que fue en el momento en que pasó de la India septentrional a Persia, a comienzos del siglo vi de nuestra era, cuando el juego adquirió una estructura bastante similar a la que mantuvo a continuación para calificarlo de “juego de ajedrez”. Más que la India —cuna innegable del juego—, sin duda Irán y la cultura persa constituyeron su laboratorio decisivo. Un juego similar de origen indio —el *chaturanga* o juego de los cuatro reyes—,³ transmitido a China sin transitar por la cultura persa, dio origen en Asia oriental, en efecto, a varios juegos muy diferentes de nuestro juego de ajedrez.

En la Edad Media, en Occidente, no se conocen esas transformaciones ni esas peregrinaciones. Sin embargo, los autores que hablan del juego de ajedrez saben que viene de Oriente. No sólo lo saben, sino que sobre todo lo creen, cosa que para ellos es casi más importante: un juego tan rico en símbolos no puede venir sino de Oriente, tierra de los signos y de los sueños y fuente inagotable de todas las “maravillas”. Por eso mismo, los orígenes del juego suscitan innumerables relatos legendarios. Para muchos autores medievales, sus orígenes se pierden en tiempos remotos. Algunos, no obstante, observan con pertinencia que la Biblia no habla del juego de ajedrez (sin embargo, qué gran jugador de ajedrez habría sido el rey Salomón, nos dice, muy a su pesar, un autor anónimo del si-

3 Sobre el juego de los cuatro reyes y el paso de ese juego de la India a Persia, véase H. J. R. Murray, *op. cit.*, n. 6, pp. 47-77.

glo XIV)⁴ y por lo tanto le buscan un inventor en el mundo griego pagano. Aristóteles y Alejandro, dos personajes que, por diversos motivos, han hecho soñar a los hombres de la Edad Media, son los citados con mayor frecuencia. Pero deben compartir ese papel con un tercer héroe griego, en este caso mitológico: Palamedes. Se trata de un guerrero de la *Iliada*, primo del rey Menelao, quien, entre los muros de Troya, mientras el sitio se eternizaba y los griegos se aburrían, habría inventado el ajedrez para entreteñerlos. Esta leyenda no es del todo medieval. Ya en la Antigüedad, los griegos atribuían a Palamedes, gran rival de Ulises, numerosos inventos: las letras del alfabeto, el calendario, el cálculo de los eclipses, el uso de la moneda, el juego de dados y, sobre todo, el juego de damas.

La Edad Media prefirió este último al ajedrez.⁵ Pero también desdobló al personaje de Palamedes y creó, al lado del héroe griego, a un caballero de la Mesa Redonda que llevaba el mismo nombre. Ese nuevo Palamedes ocupa un lugar importante en los textos literarios en prosa del siglo XIII: hijo del “sultán de Babilonia”, se convierte al cristianismo y se une a la corte del rey Arturo; allí, hace traer el juego de ajedrez de Oriente a fin de enseñárselo a sus compañeros de la Mesa Redonda a punto de partir a la conquista del Grial. Hacia 1230, pues, ya se considera al juego de ajedrez como un verdadero recorrido iniciático. De allí en más, nuestro Palamedes artúrico se vuelve a su vez el amigo y el rival desdichado de Tristán, héroe preferido del público aristocrático: él también ama a la bella Isolda la Rubia, pero no es correspondido. El amor desdichado, no concretado, es uno de los valores fuertes de la cultura cortés. Es posible que ese amor haya valido a Palamedes una reputación tan grande como la que había obtenido por la invención del ajedrez. No obstante, para conservar el mérito de haber presentado ese juego extraordinario a la sociedad caballeresca, la imaginación medieval le dio un escudo de armas que conserva visualmente el recuerdo: *jaquelado de plata y sable*, es decir, un escudo cuyo campo está compuesto por cuadros alternados blancos y negros. Esos escudos de armas en forma de damero aparecen por primera vez en los albores de los años 1230 y están presentes en muchas miniaturas que representan a Palamedes hasta fines de la Edad Media.⁶ Asimismo, algunos grandes

4 París, BNF, ms. 1173, fol. 6 (selección de partidas y problemas de ajedrez, tal vez de origen picardo, atribuida a un tal Nicholes, copiada e iluminada entre 1320 y 1340).

5 Sobre la historia del juego de damas y su decadencia en la época medieval, H. J. R. Murray, *A history of board games other than chess*, Oxford, 1952.

6 M. Pastoureau, “Héraldique arthurienne et civilisation médiévale: notes sur les armoiries de Bohort et de Palamède”, en *Revue Française d’Héraldique et de Sigillographie*, N° 50, 1980, pp. 29-41.

personajes –como Régnier Pot, chambelán del duque de Borgoña a fines del siglo xiv– reciben, por razones que desconocemos, el sobrenombre de Palamedes y adoptan su escudo de armas con motivo de un torneo o una campaña militar.⁷ Esa adopción de nombres o escudos de armas de héroes literarios por parte de personajes reales es una práctica habitual en los ambientes de la corte de fines de la Edad Media.

Ya sea el compañero del rey Menelao o el del rey Arturo, para los hombres del siglo xiii no cabe duda de que Palamedes es el inventor del juego de ajedrez y que ese juego viene de Oriente. No sólo el juego, sino también las lujosas piezas con las que se juega en el ámbito real y principesco: por lo general, se trata de grandes piezas de marfil que sólo pueden haber pertenecido a un rey prestigioso y que sólo pueden haber sido fabricadas por un artesano oriental, que conociese las virtudes mágicas de ese noble material así como el arte de trabajarlo. Eso es lo que cuentan las tradiciones medievales acerca de la mayoría de las piezas de ajedrez presentes en los ricos tesoros de iglesia o de abadía. Las más conocidas, sin duda, son las pesadas piezas de marfil de elefante conservadas desde los años 1270 (incluso, quizá, desde los años 1190) en el tesoro de la iglesia abacial de Saint-Denis (Figura 11): habrían pertenecido a Carlomagno y habrían sido un regalo del califa abasí Harun-el-Rachid (que reinó en Bagdad de 789 a 809), personaje de leyenda y héroe de varios cuentos de *Las mil y una noches*. Carlomagno, por supuesto, jamás jugó al ajedrez –nació demasiado antes y demasiado al oeste para hacerlo– ni poseyó tales piezas, que probablemente se tallaron en Salerno, en Italia meridional, hacia fines del siglo xi. Pero atribuirle su posesión significaba conferir a esos objetos un valor político y simbólico incalculable, comparable al de *regalia* o de reliquias y, de ese modo, contribuir a celebrar el prestigio de Saint-Denis, sus abades y sus frailes.⁸ Por otra parte, otras iglesias de Occidente se jactan de contar

7 J.-B. Vaivre, “Les armoiries de Régnier Pot et de Palamède”, en *Cahiers d’Héraldique du CNRS*, t. 2, 1975, pp. 177-212. Observemos que, a lo largo del tiempo, el nombre Palamedes ha quedado ligado a la tradición ajedrecística: la primera revista completamente dedicada al juego de ajedrez, fundada en 1836, en París, por La Bourdonnais, se titulaba *Le Palamède*; ésta se publicó de 1836 a 1839 y luego de 1841 a 1847. Tuvo como epígono a *Le Palamède Français* entre 1864 y 1865.

8 Sobre el juego llamado “de Carlomagno”, que hoy se conserva en el Gabinete de medallas de la Biblioteca Nacional de Francia: D. Gaborit-Chopin, *Ivoires du Moyen Âge*, Friburgo, 1978, pp. 119-126 y reseña 185; A. Goldschmidt, *Die Elfenbeinskulpturen aus der Zeit der Karolingischen und Sächsischen Kaiser*, Berlín, 1926, t. iv, reseñas 161-165 y 170-174; B. de Montesquiou-Fézensac y D. Gaborit-Chopin, *Le trésor de Saint-Denis*, París, 1977, t. iii, pp. 73-74; M. Pastoureau, *L’échiquier de Charlemagne. Un jeu pour ne pas jouer*, París, 1990.

en su tesoro con piezas similares en marfil, que pertenecieron a personajes ilustres: Salomón, la reina de Saba, Alejandro Magno, Julio César, el rey mago Baltazar, el preste Juan y hasta tal o cual rey o santo particularmente venerado.⁹

LA IGLESIA Y EL AJEDREZ

La noción de “tesoro” es una noción clave del poder feudal. Bajo esa palabra se distingue al conjunto de bienes muebles preciosos poseídos por todo detentor de un poder importante, se trate de un soberano, un gran señor, un prelado o una abadía. Es una suerte de “museo imaginario”, cuya exhibición, conservación o exposición pública constituye una parte esencial de la liturgia del poder. Tanto un gran rey como un simple abad deben poseer un tesoro. La lista de los elementos que pueden integrarlo es larga. No obstante, si bien ésta difiere de un poder a otro, de un siglo a otro, algunos componentes están casi siempre presentes. Primero las reliquias y los objetos culturales, los metales preciosos y las monedas (con frecuencia monedas musulmanas, que contienen inscripciones coránicas), la orfebrería y la vajilla, las joyas y las piedras. Luego, sobre todo en los tesoros principescos, las armas y los equipos militares, los arneses para caballos, las monturas, los cueros de animales, las pieles, las telas y las ropas de lujo así como todos los accesorios indumentarios ligados a la apariencia. Finalmente, una multiplicidad de objetos que incluyen desde libros manuscritos y cartas, instrumentos científicos e instrumentos musicales, objetos exóticos, juegos, *curiosa* de todo tipo e incluso animales, muertos o vivos, salvajes (osos, leones, panteras) o domésticos (halcones, caballos perros).¹⁰

Todos esos elementos cumplen un papel esencial en la simbología y la representación del poder. Se los exhibe ritualmente, se los muestra a los vasallos, a los visitantes importantes, incluso a los simples huéspedes de paso. A veces se los regala o se los intercambia; con mayor frecuencia, se prefiere adquirirlos, acumularlos, atesorarlos. Cada uno de esos objetos tiene su historia, su mitología, sus orígenes legendarios, sus virtudes mara-

9 Tal es el caso, sobre todo, de varias iglesias del norte de Alemania y de España.

Véase H. J. R. Murray, *A history of chess, op. cit.*, n. 6, pp. 756-765.

10 Sobre esta noción de “tesoro”, véase el bello libro de P. E. Schramm y F. Mütterich, *Denkmale der deutschen Könige und Kaiser*, Munich, 1962.